

En el sexto mes la fiesta era á Tlaloc, fiesta que consistía en todo género de crueldades y en el sacrificio de muchos niños.

El séptimo mes era el mes de Junio: la alegría, poesías, cantos, bailes y toda clase de regocijos la animaban: celebrábase la fiesta de Huixtonahuatl, diosa de la sal. Las mujeres se encargaban de la solemnidad; formaban un inmenso círculo llevando flores de cempoalxochitl en las manos. En el centro danzaba una bella que al fin era sacrificada á la diosa.

En Julio, la fiesta era á la diosa Centeotl, llamada la gran fiesta de los señores. Estos convocaban al pueblo para darle de comer y de beber.

El noveno mes era la segunda fiesta de Huitzilopochtli (Agosto).

El décimo mes era la fiesta del dios del fuego.

En Setiembre, undécimo mes, cesaban las fiestas, y desues seguían, como más notables, la de Teteoinan, madre de todos los dioses.

La de Octubre (duodécimo mes), por la llegada de los dioses.

A fines de Octubre, cuarta fiesta de los dioses del agua y de los montes.

En Noviembre, á Mixcoatl, diosa de la caza.

En Diciembre, tercera fiesta de Huitzilopochtli.

En Diciembre, fines, fiesta de los dioses del agua y de los montes.

En el mes décimosétimo, que empezaba el 12 de Enero, celebraban la fiesta de Ilamanteutli.

En el décimooctavo y último era la fiesta del dios del fuego.

En este mes se consideraban los cinco días infaustos de que ya hemos hablado: suspendíanse todos los negocios, multiplicábanse los sacrificios; se tenía por fatal el nacimiento de un niño en aquellos cinco días.

Pero la más notable de todas las fiestas, era la fiesta secular.

La última noche del siglo, en medio de la mayor consternación, se extinguía en todas partes el fuego y se rompían las copas, los vasos y toda la vajilla de las casas.

Salían de los templos y de la ciudad gran número de gentes precedidas de los sacerdotes, que se vestían con los trajes

de sus dioses: en tropel y lleno de ansiedad se dirigía el concurso á Ixtapalapa, á un cerro llamado hoy de la Estrella, donde se procedía á la renovación del fuego. Intentábase esto frotando dos leños, sirviendo de apoyo el pecho de un prisionero de distinción que despues se sacrificaba.

Cuando el roce de los palos producía el fuego, el júbilo era inmenso; propagábase la llama de mano en mano en medio de los cantos, de los bailes y de todo género de demostraciones de regocijo; felicitábanse los amigos por aquella concesión de vida que recibían de sus dioses, y durante trece días que eran los intercalares, no cesaban las manifestaciones de contento.

LECCION UNDECIMA

RITOS.—MATRIMONIOS.—EXEQUIAS, ETC.

En el nacimiento de un niño había curiosas ceremonias: acabado de nacer, se le lavaba cuidadosamente, diciéndole estas palabras: "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchihueye: este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón y te dará una vida buena y perfecta."

Había otras abluciones acompañadas de ceremonias y arengas de la partera.

Si era niño el que nacía, se le preparaban armas adecuadas á su tamaño, é instrumentos de labranza; si niña, un huso, y cosas análogas á su sexo.

El nombre del niño se tomaba del día ó mes del nacimiento. El día del último baño había un gran banquete.

MATRIMONIOS.

En los matrimonios se observaban estrictamente las leyes del pudor.

Luego que el hombre y la mujer tenían edad competente esto es, el hombre veintidos años y la mujer diez y siete ó diez y ocho, los padres de familia concertaban el matrimonio

y se procedía á la solicitud de la novia: la primera instancia era desechada con grave dignidad; en la segunda se emplazaba la respuesta hasta consultar la voluntad de la novia.

Obtenido el consentimiento de ésta se señalaba el día de la boda. Llegado éste, conducían con pompa, música y regocijos á la doncella á la casa del novio. Este, acompañado de sus padres, salía á recibir á su futura á la puerta de la casa, con un incensario en las manos y rodeado de personas que llevaban hachas encendidas.

Después de incensarse los novios mutuamente, tomaba el joven á su prometida por la mano y la conducía á la sala en que la boda se iba á verificar.

Poníanse los dos sobre una estera nueva y primorosamente labrada, cerca del fuego que se había preparado para la ceremonia.

Un sacerdote, entonces ataba las extremidades de los vestidos de los novios, que era por esencia la ceremonia conyugal. Después de este acto, los novios, asidos de las manos, daban vuelta siete veces al rededor del fuego, quemando incienso, dirigiendo palabras sentidas á los dioses y haciéndose recíprocos obsequios.

Seguía el banquete.

Los esposos, sirviéndose mutuamente, comían en la estera aislada del medio de la pieza, y los convidados á distancia en derredor.

Cuando los vapores del neutle (*pulque*) animaban demasiado á la concurrencia, ésta desalojaba la pieza y se salía á bailar al patio.

Los novios quedaban en la pieza durante cuatro días, entregados á la penitencia y al ayuno, é implorando la asistencia de los dioses.

Preparaban los lechos los sacerdotes, y en el centro del del novio se ponían unas plumas, y en el de la novia una joya preciosa.

La festividad terminaba haciendo varios regalos á los convidados.

La poligamia era permitida entre los mexicanos.

EXEQUIAS.

Dirigía las complicadas ceremonias de las exequias un maestro de ceremonias.

Vestíase el cadáver de un modo análogo á la profesión ó costumbres que había seguido en vida el difunto.

Si el muerto había sido militar, lo vestían como el ídolo Huitzilopochtli.

Si moría ahogado, como vestía Tlaloc.

Al que era ajusticiado por adúltero, como á Tlazoteotl, y al borracho, como á Tecatzoncatl.

Poníasele entre los vestidos un poco de agua para que se refrigerase en el viaje.

Llevaba un papel ó salvo conducto para pasar ocho desiertos: mataban un techichi para que lo acompañase.

Encendían, mientras duraban estas y otras varias ceremonias, una grande hoguera, donde quemaban el cadáver, entonando himnos fúnebres los sacerdotes.

Recogían en una olla las cenizas, las cerraban poniendo una joya en ella, y durante cuatro días hacían sobre el objeto cinerario oblações de pan y vino.

Respecto de los reyes había un ceremonial particular. Desde que enfermaba el rey, se le ponía una máscara á los ídolos de Texcatlipoca y Huitzilopochtli, y no se les quitaba hasta que el rey sanaba ó moría.

Publicaban la noticia de la muerte del rey con grande aparato, y mientras se procedía á las ceremonias, permanecía en el palacio el cadáver, custodiado por los domésticos.

Reunida al quinto día la nobleza, vestida de gala, ostentando sus plumas y sus adornos más ricos, conducían al rey en procesión. Antes, como se ha indicado, se le vestía con gran magnificencia, cubriéndose su rostro con una máscara, y horadando su labio superior, en el que colgaban una esmeralda para que le sirviese de corazón.

El cadáver del rey, como los demás cadáveres, se quemaba, pues recordamos que en esto había muy pocas excepciones,

entre ellas los ahogados, los hidrópicos, y algun otro herido de otra enfermedad, ignorándose la causa de la diferencia.

SEPULTURAS.

No habia sitios determinados para enterrar los cadáveres, puesto que generalmente se quemaban: las cenizas de los grandes Señores se depositaban en las torres de los templos, esencialmente del templo mayor. Tambien se solian enterrar las cenizas en las inmediaciones de un templo ó en los lugares sagrados de los montes destinados á los sacrificios.

Los chichimecas enterraban el cadáver en las cuevas de los montes. Los zapotecas embalsamaban el cadáver del Señor principal de su nación.

LECCION DUODECIMA

GOBIERNO POLITICO, CIVIL Y ECONOMICO DE LOS MEXICANOS.

Los antiguos mexicanos han llamado la atención de todos los historiadores en cuanto á la educación que daban á sus hijos. Cuidaban diligentemente de su niñez; todas las madres, sin exceptuar las reinas, criaban á sus hijos á sus pechos.

Desde los cinco años los entregaban á los sacerdotes ó sacerdotisas para que se encargasen de su educación, en la que tenían las prácticas religiosas como parte más esencial.

Inspirábanles profundo amor al trabajo; y las exhortaciones morales que se conservan respecto de los niños, pueden ser modelos en el país más civilizado de nuestros tiempos. Extraçtemos algunas de sus máximas:

«Honra á tus padres, á quienes debes obediencia, temor y «servicios.

«Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos que, «peores que los brutos, no reverencian á los que deben el ser, «ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correc- «ciones.

«No te burles de los ancianos ni de los que tienen imperfec- «ciones en el cuerpo.

«No mientas jamás, que es gran pecado mentir. Cuando re- «fieras á alguno lo que otro te ha contado, dí la verdad pura «sin añadir nada.

«No hables mal de nadie.

«No hurtes ni te des al robo, pues serás el oprobio de tus «padres.»

En cuanto á las jóvenes, tienen la misma elevación y más ternura las observaciones.

«Hija mia, decía la madre, nacida de mi sustancia, parida «con mis dolores y alimentada con mi leche:

«Esfuérzate en ser siempre buena, porque si no lo eres, ¿quién «te querrá por mujer?

«Sé aseada y ten tu casa en buen orden.

«Da agua á tu marido para que se lave las manos, y haz el «pan para tu familia.

«Donde quiera que vayas, preséntate con modestia.

«No te des al enojo, porque él anda acompañado de muchos «vicios.

«Cuando te llamen tus padres, acude pronto, porque tu tar- «danza puede ocasionarles disgusto.

«A nadie engañes: ten presente que no hay delito sin testi- «go, porque Dios todo lo ve.

«Evita la familiaridad con los hombres: la mujer que da ca- «bida á malos deseos, echa fango en el agua clara de su alma.

«No te metas en la casa ajena, sino con muy justificado mo- «tivo»

Como hemos expuesto, á los jóvenes de ambos sexos se les ponía bajo la dirección de los sacerdotes, con total separación niños y niñas: las personas educadas en los Seminarios, gozaban de la más alta distinción.

Protegían las inclinaciones de los niños; los castigos, que eran crueles algunos de ellos, como los azotes, la corma y las picaduras en la lengua con puas á los mentirosos, se conservaron por muchos años después de la conquista. La autoridad

paternal, por las costumbres en vigor, se consideraba sin menoscabo aun después de casados los hijos.

En una palabra, profundizando el estudio de las costumbres de los mexicanos, se ve que la cuestión de educación era objeto de un sistema consecuente é imperturbablemente seguido desde la más temprana niñez.

La madre, el sacerdote, los funcionarios públicos y los ancianos concurrían á realizar ese sistema, basado en los principios religiosos y en la moral.

Descuella en el sistema de que hablamos, la mira de educar al niño para la guerra: desde muy temprano le exponían á la intemperie y le hacían sufrir todo género de fatigas y privaciones; ejercitaban en trabajos rudos sus miembros, estimulaban su coraje en juegos adecuados, le hacían atravesar largas distancias, procuraban que afrontase los más grandes peligros é inculcaban en su alma como creencia profunda, que las mayores recompensas en la vida eterna estaban reservadas á los valientes. Por esta causa, México podía considerarse como un gran campamento y los mexicanos como los más distinguidos guerreros.

Los continuos sacrificios humanos eran como complemento de aquella educación. En ellos se hacía alarde de desprecio á la vida, mereciendo por ello recompensas y honores: de ahí es que era muy frecuente ver á las víctimas sufrir crueles dolores y exhalar el último suspiro sin que una sola contracción del semblante denotase abatimiento.

En cuanto á la educación de las mujeres, ya hemos dado suficiente idea, haciendo notar ahora, que predominaba la idea de que ella era el alma de la familia y la vida del hogar; que poco después de haber nacido la niña se la cortaba el cordón umbilical y se enterraba debajo del lugar en que estaba el fuego, como para significar que tenía sus raíces en el hogar y que á su cuidado debía consagrarse toda la vida.

De esta manera se caracterizaba al hombre para la guerra y los trabajos rudos, á la mujer para amparo y cuidado de la familia.

EL REY.

Recordamos que la autoridad real se hizo electiva desde que subió al trono Acamapitzin. Algún tiempo después se crearon cuatro electores, con cuya opinión se comprometían todos los votos de la nación.

Los electores mencionados tenían grandes distinciones, y cuando moría uno era inmediatamente reemplazado.

En tiempo de Ixcoatl, el número de electores ascendió á seis, fungiendo como tales los reyes de Acolhuacán y de Tacuba.

Las facultades electorales eran circunscritas sin embargo, porque la sucesión se fijó en la casa de Acamapitzin; de suerte que, muerto éste, debió sucederle uno de sus hermanos: á falta de hermanos, sobrinos ó primos, quedaba al arbitrio de los electores la elección del más digno.

Esta ley, como recordamos, se observó invariablemente.

A Huitzilihuitl, hijo de Acamapitzin, sucedieron sus dos hermanos, Chimalpopoca é Ixcoatl; á éste Moctezuma I; á Moctezuma, Axayacatl, su primo; á Axayacatl, sus dos hermanos, Tizoc y Ahuizotl; á éste Moctezuma II; á Moctezuma, su hermano Cuitlahuatzin, y á éste su sobrino Cuauhtemotzín.

Hacían la proclamación del rey con gran pompa; dábase parte á los reyes de Acolhuacán y de Tacuba en cierto tiempo para que confirmaran el nombramiento.

Conducía numerosa concurrencia al elegido al templo; vestíanle ropas con las que el rey adornaba á Huitzilopochtli, y el gran sacerdote le ungía el cuerpo rociándole con agua bendita.

Vestían al rey con un manto en que estaban pintadas calaveras y canillas, y le colgaban al cuello una calabacilla con ciertos granos misteriosos que preservaban, según ellos, de los hechizos y encantamiento.

Durante algunos días, se entregaban al ayuno y prácticas religiosas.

Desde el tiempo de Moctezuma I se introdujo la costumbre de que el rey saliese á campaña antes de coronarse, para ha-

cer un servicio patente á la patria y procurarse prisioneros que sacrificar á los dioses.

El rey de Acolhuacan era quien generalmente coronaba á los reyes, poniendo sobre sus sienes el *copille*, especie de mitra pequeña que usaban en las grandes ceremonias.

El traje que los reyes usaban en el interior del palacio, era el *xiuhtilmatli*, esto es un manto tejido de blanco y azul.

Ya hemos visto, al hablar de Moctezuma II, el esplendor á que llegó la vida de los monarcas aztecas.

Los reyes aztecas, lo mismo que los de Acolhuacan, tenían tres Consejos para deliberar sobre los negocios públicos. Los empleados más notables eran Hueizalpuque, recaudador y tesorero general; Hueixaquinaqui, proveedor general de los animales.

Los embajadores de los reyes eran perfectamente tratados, usaban penachos de plumas y flecos de diversos colores; en la mano derecha una flecha con la punta hácia arriba; en la izquierda una rodela, y pendiente del brazo una red con sus provisiones.

Los correos eran hombres de á pié que se ejercitaban desde niños en recorrer grandes distancias con suma celeridad: remudábanse de trecho en trecho y así podían comunicarse en un día hasta por doscientas millas: aseguran los historiadores que de este medio se valían para servir diariamente pescado fresco en la mesa de Moctezuma.

Cuando el correo era portador de una noticia infausta, corría con el pelo suelto, se dirigía á palacio en derecha, y arrodillado daba la noticia al rey.

Cuando era el correo mensajero de una victoria, corría con el pelo atado con una cinta, con la rodela al brazo, blandiendo la espada y dando señales de profundo regocijo.

En la nobleza había varios grados y distinciones, comprendidos todos bajo el nombre de caciques, y eran sus títulos hereditarios.

Las tierras del imperio mexicano se dividían entre la Corona, la nobleza y el comun de los vecinos y templos.

Las de la Corona se llamaban Tecpantlatli, y disfrutaban el usufructo ciertos señores, reservándose el dominio al rey.

Estos grandes señores no pagaban tributo, sino que le ofrecían ramos de flores y ciertos pajaritos en señal de vasallaje.

Los Pillalli ó tierras de los nobles, eran transmitidas de padres á hijos; éstos podían vender ó ceder sus posesiones, pero no á los plebeyos. Había en estas tierras algunas de concesión real con la condición de no enajenarlas.

Atepetlali eran las tierras de la comunidad ó ayuntamiento, entre las cuales había algunas con el gravámen de suministrar víveres al ejército: éstas se llamaban Milheinel y Cacolomilti según los víveres que daban.

Los impuetos ó contribuciones se hacían en efectos, pagando cada pueblo la cantidad de ellos que se le designaba: oro; plumas, flechas, chia, cacao, ropa de algodón, armas, piedra labrada, materias aromáticas, eran los principales artículos de contribución que se exigían rigurosamente, produciendo enormes cantidades esos objetos que servían para las necesidades públicas. El que no pagaba la contribución era vendido como esclavo.

En la administración de justicia eran cuidadosos al extremo los mexicanos. En las grandes ciudades había un magistrado supremo llamado *Cihuacoatl*, de tan alta gerarquía que sus decisiones eran inapelables.

Había varios tribunales que tenían los nombres de *Tlacatecatl*, *Cuaunoxtli* y *Tlailotlac*; en ellos se decidían los negocios civiles y criminales pronunciando su fallo según la ley, fallo que publicaba el pregonero llamado *Tepoxotl*.

En cada barrio de la ciudad había un *Teutli* ó representante del Tribunal que se elegía anualmente por los vecinos, y además *centectlapixtles* ó vigilantes de familias determinadas, y los *topillis* ó alguaciles que hacían los arrestos.

En el reino de Acolhuacan la jurisdicción estaba dividida entre seis ciudades principales. El Estado los recompensaba muy liberalmente señalándoles tierra y esclavos para que no se distrajesen de sus atenciones.

Llevábanles la comida al tribunal, donde permanecían des-

de la salida del sol hasta anoecer; de ochenta en ochenta días se celebraba una reunión extraordinaria en que todas las causas pendientes por cualquier motivo quedaban decididas.

En las leyes penales, aunque se prodigaba la pena de muerte, se ven reglas en acuerdo con la conservación, la moralidad y el orden social.

Castigaban con la pena capital á los usurpadores de las insignias y de la autoridad real, á los que maltrataban á los embajadores, á los que promovían sediciones, y á los que en la guerra hacían hostilidades al enemigo sin orden supremo.

Aplicaban la pena de muerte con inflexibilidad á los mercaderes que alteraban los pesos y medidas.

El homicida moría sin remedio aunque al que matara fuese esclavo, ó si el marido sorprendiese en adulterio á su esposa.

El adulterio se castigaba con el último suplicio.

A la mujer pública le quemaban los cabellos en la plaza con haces de pino y le cubrían la cabeza con resina del mismo árbol.

La ley condenaba con la pena de muerte al hombre que vestía de mujer y á la mujer que vestía de hombre.

El robo era castigado implacablemente, pero á los pobres se les daba derecho para que cogieran en las sementeras algunas mazorcas para su sustento.

La esclavitud tenía caracteres distintos que en otras naciones. Todos los mexicanos nacían libres; el que quería someterse á la esclavitud podía hacerlo por estipulación previa y tiempo determinado, pero no participaban de la esclavitud los hijos, aunque el padre de familia podía empeñar á alguno de sus hijos. El esclavo tenía derecho á redimirse y aun á tener esclavos á su vez para rescatar su libertad.

En otros países del Anáhuac, como en Acolhuacán, las leyes eran análogas, como puede verse en el código de Netzahualcoyotl.

El ladrón era arrastrado por las calles, el homicida decapitado, el cediioso quemado vivo.

No estaban autorizados los azotes; solo los padres y maestros empleaban tal castigo con sus hijos y discípulos.

Tenían dos géneros de cárceles; una *teilpiloyan*, semejante á las nuestras; otra *cuauhcatli* ó jaula de madera, en que se encerraba á los destinados al sacrificio.

A los simples presos se les atendía y alimentaba con abundancia; á los reos de muerte se les cercenaban los alimentos. Cuando un reo se fugaba, los vecinos de la cárcel pagaban una multa que consistía en un esclavo, cierto número de trajes de algodón y una rodela.

LECCION DECIMATERCERA

ORGANIZACIÓN MILITAR.

Aunque todo mexicano tenía el deber de alistarse en la milicia y servir en la guerra, había un colegio especial para la educación militar, llamado *Tepuscali*, y el jefe ó director de ese colegio se llamaba *Tepustlato*.

Los contingentes que daban los pueblos sometidos á los aztecas, eran de á cien hombres, con los que se formaban divisiones ó *Xiquipiles* de á ocho mil hombres.

El ejército marchaba dividido en nacionalidades, con sus respectivos estandartes.

El Tequihua ó recluta vestía muy sencillamente sin ningún distintivo.

A medida que el soldado se distinguía, usaba en la cabeza un cordón rojo con tantas borlitas cuantas habían sido sus campañas.

Los Tememes (cargadores) conducían el bagaje, y unidos á los voluntarios, introducían el desorden en el enemigo cuando era necesario.

Los ancianos hacían el papel de cuartel-maestre.

Acampaban bajo enramadas, y conocían el sistema de centinelas ó rondines.

Antes de decidir la guerra se sometían su justicia y conveniencias á la decisión de un cuerpo militar que emitía con toda independencia su opinión.

Yaotlali era un campo eriazo y aislado en que se verificaba la batalla sin molestia de los habitantes pacíficos.

La guerra de conquista era de aniquilamiento; la *sagrada* para coger prisioneros.

Al que no hacía prisioneros le afrentaban y relegaban á los plebeyos.

Al combatiente que resistía le desjarretaban. Al pechero que corría le premiaban. Si era soldado le mataban. El que robaba un prisionero tenía pena de muerte.

Los oficiales usaban trajes de algodón llamados Tlachcuaxo. Los que iban por primera vez á la guerra llevaban un ropón blanco de tela de maguey. Había un traje especial llamado *tlacalzinqui*.

El traje militar del rey, además de su armadura y de sus insignias especiales, consistía en unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro; en los brazos pulseras del propio metal, en las orejas pendientes, en el cuello cadenas de oro y piedras preciosas; engarzada al labio una esmeralda, y en la cabeza un hermoso penacho de plumas que caían sobre su espalda.

Metían la cabeza, sirviéndose á guisa de casco, en cabeza de tigre ó de culebra, hechas de madera, con la boca abierta y enseñando los dientes para imponer miedo al contrario.

Los simples soldados entraban al combate casi desnudos, con la piel pintada de diversos colores.

ARMAS OFENSIVAS.

- Flecha, maza, flecha armada de un hueso.
Tepustopili.—Lanza con mojarra de cobre.
Tematlal.—Honda.
Coahuloli.—Maza, porra, clava.
Atlal.—Ballesta.
Macahuatt.—Macana, espada.

ARMAS DEFENSIVAS.

- Chimalli*.—Escudo.
Ichcalhuilpili.—Armadura.
Matemacatl.—Brazaletes.

Mateopixtli.—Pulseras.

Teutl.—Piedra del labio.

Nacoxtli.—Zarcillo.

Maxtlal.—Cendal.

MÚSICA Y ACCESORIOS.

Caracoles, tamborcito de oro á la espalda del caudillo
Chirimía.—Teponaxtle ó tambor de palo.

ESTANDARTES.

- Tlaxcala*.—Ave blanca de alas extendidas.
Ocoteloc.—Pájaro verde sobre roca.
Tizatlan.—Pájaro sobre una peña.
Tepetipac.—Lobo con flechas en la garras.
Cuauhiltlan.—Parasol, plumas verdes.
Otompa.—Red verde y oro.

GRADOS MILITARES.

- Ocelotl*.—Ozomítl, Cuautli, Tlacatecal.
Cuauyotl.—El que restablece el orden.
Cuautli.—Aguila que guía.

ÓRDENES MILITARES.

- Acahuichilt*.—Príncipes.
Cohuanthuitan.—Aguilas.
Coacuatihu.—Caballeros del sol.
Coacatin.—Los que no retroceden.
Pain.—Correo.
Techialoya.—Casa de corredores.
Tlaxcolcatl.—Señor de los dardos.
Eshuacatl.—El que derrama sangre.
Tlancancatli.—Cara negra.
 Son del Sr. Chavero las siguientes ampliaciones:
 La fuerza de Tenochtitlan era de seis mil hombres dividida en escuadrones de á doscientos.
 En la infantería ligera había subdivisiones hasta de cinco hombres.
 Los mexicanos no envenenaban sus flechas.

Los arqueros no usaban escudos; otros los cubrían con los suyos.

El dardo era una lanza pequeña que manejaban con la mano (Tlacohtli).

El armero se llamaba *yautlaquihuilhuique*.

El *Tlacohtlalcaltl* era el jefe de la administración militar.

Cihuatecpam.—Plaza de San Juan, depósito de víveres.

Colpisque.—Mayordomo.

Apetacatl.—Tesorero.

Pacatl.—A la espalda.

Cuinoxtili.—Embajador.

Hinahuatl.—Sacrificador.

El ejército se dividía en pie de paz y en pie de guerra.

Tecuixtle.—Consejo que decide la guerra.

Potcheca.—Explorador.

Tlacatecuítli.—Tambor de oro en el ataque.

Yaotsasi.—Grito de guerra.

Ixottlela.—A punto de acometer.

Yaomachiyonecalistli.—Señales de evoluciones.

Yauyahualoa.—Cercar al enemigo.

Ixcuiloti.—Retirarse.

LECCION DECIMACUARTA

AGRICULTURA.

Aunque, como hemos visto, los mexicanos, así como las otras tribus que poblaron el Anáhuac, tenían predilección por la guerra, no descuidaban la agricultura.

Los toltecas la enseñaron á los chichimecas, que eran cazadores

Los mexicanos dejaron señales de su afecto á ese arte precioso en su larga peregrinación; y aun después de vencidos por los colhuas y por los tepanecas, reducidos á las orillas del lago, que tan poco propicio era para el cultivo, inventaron la *chinampa*, gran cesto de tierra que tomaban incultivable y convertían en jardín flotante, haciéndole deslizar sobre las aguas

y dando á esto una belleza y una utilidad, que con razón mereció los pomposos elogios de Clavijero.

Cuando, después de sacudir el yugo de los tepanecas, los mexicanos ampliaron su dominio, dieron mayor extensión y comunicaron mayor perfeccionamiento al cultivo.

No conociendo ni los bueyes ni el arado, se servían de sencillos y toscos instrumentos para la labranza.

Para cavar ó remover la tierra, se servían de la *coatló coa*, que es un palo con una hoja corta y ancha de metal, al extremo. Entre los mexicanos este metal era el cobre, porque desconocían los beneficios y los usos del hierro.

Para segar y cortar, se servían de una hoz ó segur de cobre, que terminaba en un grueso anillo, donde se metía un palo para manejar tal instrumento.

Aprovechaban las aguas de los ríos y las que descendían de los montes, para sus riegos, sirviéndose de diques y de presas, con grande habilidad.

Las mujeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo.

Tocaba á aquellos cavar y preparar la tierra, sembrar, cubrir las plantas y segar: á las mujeres, deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquellos y éstas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

Sus trojes ó graneros eran curiosos. Formaban un armazón de cuatro árboles altos, delgados y fuertes, de oyamel, á modo de las luminarias; colocaban, unos sobre otros, barrotes de la misma madera, tan bien ajustados y unidos como si fueran paredes de una pieza, y así subía aquel cajón larguísimo y angosto, sin dejar más que dos huecos ó ventanillas, una en la parte inferior y otra en la superior: había graneros que podían contener cinco mil cargas de maíz.

Hemos hablado de huertas y jardines, especialmente refiriéndonos á la grandeza de Moctezuma.

Entre los jardines, uno de los más bellos era el de Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moctezuma II, y el héroe verdadero de la *Noche Triste* de los españoles.

El jardín de Huextepec se consideraba como el más célebre. Le atravesaba un río, y tenía en su seno preciosas plantas conducidas de pueblos remotísimos.